

Jaime García Terrés

# DISCURSO DE INGRESO A EL COLEGIO NACIONAL

SALUTACIÓN  
Antonio Carrillo Flores

CONTESTACIÓN  
Rubén Bonifaz Nuño



DISCURSO DE INGRESO  
A EL COLEGIO NACIONAL

---



Jaime García Terrés

DISCURSO DE INGRESO  
A EL COLEGIO NACIONAL

(20 DE OCTUBRE DE 1975)

SALUTACIÓN

Antonio Carrillo Flores

CONTESTACIÓN

Rubén Bonifaz Nuño



Coordinación editorial: Rosa Campos de la Rosa

Primera edición: 2013

D. R. © 2013. EL COLEGIO NACIONAL

Luis González Obregón núm. 23

Centro Histórico. C. P. 06020, México, D. F.

Teléfonos: 5789.4330 • 5702.1878 Fax: 5702.1779

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Correo electrónico: [contacto@colegionacional.org.mx](mailto:contacto@colegionacional.org.mx)

[colnal@mx.inter.net](mailto:colnal@mx.inter.net)

Página: <http://www.colegionacional.org.mx>

SALUTACIÓN  
POR EL DOCTOR ANTONIO CARRILLO FLORES  
PRESIDENTE EN TURNO



Respetados colegas del Colegio Nacional,  
Señoras y señores:

**E**sta noche está dedicada a los poetas y vamos a gozar escuchando a dos de ellos. Mi encargo es bien modesto: ofrecer a ustedes un pequeño entremés para el exquisito banquete que va a seguir.

Doy a don Jaime García Terrés el saludo de “Bien Llegada”, para usar palabras que encontré relejendo *El Quijote*. Las uso porque “bienvenidas” recibimos en diversos lenguajes en aeropuertos y otros sitios a donde vamos de paso o por unos días. “Llegar”, en cambio, connota, y así lo dicen autoridades de nuestra lengua, algo que puede y suele ser más permanente: García Terrés llega al Colegio Nacional y en él quedará, para vigorizarlo con su pensamiento y su conducta, acaso —¿por qué no?— durante todo el resto de este atormentado y fascinante siglo XX.

Don Jaime, graduado en nuestra Facultad de Derecho, a diferencia de su ilustre padre, maestro de tantas generaciones, no sintió amor por la jurisprudencia, aunque siempre se ha interesado por la justicia, fenómeno frecuente en periodos de cambios acelerados en la vida social y en sus valores. Escogió el camino de las letras y su curriculum formado a lo largo de más de veinticinco años es muy rico.

Incluye actividades en la Universidad Nacional, en el Instituto de Bellas Artes, en el Fondo de Cultura Económica y en numerosas revistas Representó a México como Embajador en Grecia, designado por el Presidente Díaz Ordaz y sufrió cuando un huracán violento —para repetir la imagen de Nacho Chávez— provocó un eclipse de la democracia, precisamente en su país de origen. Testimonio de ese dolor está recogido en su libro de poemas *Todo lo más por decir*, editado en 1971, del que he tomado algunas citas que voy a hacer.

Decía Alfonso Reyes que el descubrimiento de América fue el resultado de errores geográficos y de aciertos poéticos. En esta época de las computadoras los poetas, lo digo con profunda convicción, son más necesarios que nunca si queremos que esas máquinas y otras que mi alma indígena no alcanza a comprender, sean

lo que deben de ser: siervos y no amos del hombre.

Naturalmente que en El Colegio Nacional se tiene en alto aprecio a los científicos: el próximo viernes recibiremos a uno muy insigne. Pero sabemos que esta Casa debe conservar la buena tradición de acoger a los humanistas, y entre ellos a los hombres para quienes el lenguaje no sólo es instrumento de comunicación, sino material para construir pensamientos, frases, obras cuyo valer y sustantividad está —o aspira a estar— en su belleza. Belleza a secas o belleza adjetivada, desolada o iracunda, escéptica o profética.

Claro que a veces los poetas también se equivocan en sus profecías. Uno de los equivocados fue Salvador Díaz Mirón que frente a la Columna de la Independencia hizo en la ceremonia inaugural, en 1910, el elogio de Hidalgo con un poema culterano, “El buen cura”, que termina así:

Esperemos en paz el sol que sube,  
y alondras trinen por la nueva gracia,  
en la dulce clemencia de la hora...  
¡Salve a Nuestra Señora  
la Virgen Democracia,  
que al ceño, a la inquietud y a la fatiga  
llega en el resplandor de una cuadriga!

¡Qué equivocado estaba el bardo insigne! No era la democracia la que llegaba ni había dulzura y clemencia en la hora, capaz de curar la inquietud y menos de redimir la fatiga de un régimen caduco. Venía la tormenta. Venía una lucha terrible en la que murió más de un millón de mexicanos. Ese fue el duro precio que México tuvo que pagar para que en parto largo, doloroso y sangriento, alumbrara un orden social más justo.

Pertenece García Terrés a la categoría de los escritores que es común llamar “comprometidos”, porque no ocultan sus convicciones políticas y sociales y las expresan en sus trabajos de creación o de crítica y también en sus manifiestos dirigidos a la opinión pública. Sus juicios son exigentes, a veces —así me parece y lo digo con el derecho que me da el afecto que le tengo— hasta demasiado rigurosos con hombres a quienes tocó nacer antes y trabajar en otros tiempos. En su “Hipótesis de trabajo”, él dice:

Y sin embargo del plural camino  
el hombre no mejora, tiene miedo,  
lamentable se opone a su milenio  
prefiere su vejez atormentada,  
su consuelo ficticio, sus enjuagues,

desoyendo los coros que lo empujan  
a cada vez mayores aventuras.

Reprocha a otros, pero él confiesa su propia  
angustia:

Claro que yo también ando perdido.

.....  
claro que yo también hago preguntas  
empiezo desde cero  
y voy a donde voy con cinco ceros.

.....  
Aquí reposa, caminante  
mi duda quejumbrosa.

Mis verdades  
reducidas a polvo  
acrecientan el polvo que levantas.

Mas no desespera y en otro de sus bellos poemas afirma con noble seguridad: “tarde o temprano necesariamente vendrá la primavera”. Sí, amigo mío, que venga, verde y florida. Que las mayores aventuras a que lo incita el coro, no lleguen envueltas en la ola cruenta que Díaz Mirón no supo o no quiso presentir.

Cualesquiera que sean sus dudas, cualesquiera que sean sus verdades, en El Colegio Nacional tendrá usted, don Jaime García Terrés,

una alta tribuna para expresarlas. Esta noche, que es su noche, reciba los buenos augurios de sus colegas, porque en el desempeño de la responsabilidad que ha contraído dé nuevo lustre a los dos apellidos que lleva y que han honrado a México por más de un siglo.

DISCURSO DE INGRESO  
DEL LICENCIADO JAIME GARCÍA TERRÉS



Comenzaré por lo más obvio: por un testimonio cordial de agradecimiento a quienes han tenido confianza en la posible validez de mi trabajo en esta institución, originalmente concebida para congregar, estimular y prestar una tribuna a personas que han descollado en los diversos ámbitos de la cultura. Es una confianza que no comparto del todo. Más que a dar lecciones, estoy acostumbrado a recibirlas sin cesar: de la ajena sabiduría y de la experiencia propia; de los libros y del acontecer cotidiano, y aun de las angustiosas noches oscuras de la historia, que a menudo nos dejan en vana espera de frutos y pautas anunciados.

De otro lado, ante un horizonte que las urgencias actuales confinan a la respectiva especialización, bajo pena de inanidad, la vocación de perenne aprendiz me empuja hacia un sinnúmero de puertas y ventanas; rasgo que alienta la curiosidad, sin disminuir por ello la ignorancia. Envidio al carpintero capaz de construir bien

una silla, y de transmitir, en fórmulas sencillas y concretas, su conocimiento del oficio a quienes habrán de proseguirlo. Y no son muy distintos, dentro de esta perspectiva, los casos del biólogo, del físico, del astrónomo, todos los cuales disponen de un método estricto para la investigación y la enseñanza. Incluso el economista maneja técnicas codificables y pisa un terreno delimitado. Pero la médula del ejercicio literario se diluye en incógnitas y laberintos; su materia prima elude las circunscripciones, y el suelo en que se desenvuelve tiene mucho de arenas movedizas.

Soy, en suma, un escritor, que por añadidura escribe poco. No sé si, a este último respecto, me inspira la cautela. Sin embargo, atribuyo la fundamental responsabilidad al desconcierto. Hace alrededor de un año, André Malraux, al dialogar con un joven canadiense, condensó en una frase una inquietud que es la mía: “Somos la primera civilización que ignora el sentido de la vida, y aquí residen a la par el fenómeno capital y el problema espiritual de nuestro tiempo.” Dicha opinión encuentra, sin duda, cuantiosos adversarios. Lejos de haberlos extinguido, el mundo de hoy presencia la multiplicación de los dogmas. Siempre hallaremos ilusos que, de buena o mala fe, con mayor o menor jactancia, y

hasta con genuina disposición al sacrificio, preconicen un sistema de normas que ellos juzgan absolutas e incontrovertibles. No resulta difícil comprenderlos; pero eso me parece harina de otro costal. La cuestión es que los hechos y el medio general de nuestra época los desmienten. Una vez fatigados los gritos y desprendidas las máscaras, en el fondo de nosotros reina el escepticismo: laten preguntas sin respuesta, caen inútiles los viejos ídolos, y terminamos acogiéndonos al silencio.

¿Por qué, pues, volvemos a romperlo (aunque sea, como yo, de tarde en tarde)? Quizá porque no sabemos hacer otra cosa. La propia inercia nos mantendría dentro del camino iniciado. O acaso porque nuestro verdadero dios es Proteo, el Viejo del Mar, el de los cambiantes aspectos; y fiándonos de los consejos homéricos, no nos damos descanso: intentamos tenderle una trampa, sorprenderlo un día mientras duerme y apoderarnos de él hasta obligarlo a recobrar su forma auténtica, para que diga sus secretos, nos señale el rumbo y nos indique la causa de los males, así como la manera de evitarlos. No importa si su iluminante profecía nos impone un esfuerzo redoblado, el emprender nuevos viajes en pos de la redención. Ya no andaremos entonces a la deriva.

Tal es, al menos, el inconfeso motor de la poesía. En términos más prosaicos, George Orwell, con su admirable franqueza, postulaba cuatro móviles de la escritura: El egoísmo, que al principio se confunde con la vanidad, pero suele cobrar a la larga mayor amplitud; el entusiasmo estético, enfocado en el placer de manejar y armonizar palabras, sonidos, ritmos; el impulso histórico, que se traduce en el deseo de mirar las cosas como son, de averiguar la verdad de los hechos, a fin de fijarlos y almacenarlos para uso de la posteridad; el propósito político, *lato sensu*, esto es: el afán de modificar el mundo y las ideas del prójimo en torno a la clase de sociedad por la que vale la pena combatir.

Egoísmo y vanidad, los hay en todo escritor, en dosis variable. No obstante, convendría, más bien, referirse a una básica propensión del ego. Conforme va creciendo, el niño trata de afirmar su yo, y de que otros reconozcan los valores personales que hay en él. Cuando descubre sus mejores aptitudes, les dedica su atención preferente, las cultiva en la medida en que su ambiente lo permite, sean ellas cuales fueren, lo mismo si se expresan en los deportes, en las relaciones con los demás o en actividades intelectuales. Es, si se quiere, una

tendencia narcisista, agravada por el empeño, casi rencoroso, socialmente instigado, de mostrar a cuantos nos rechazan o denigran durante la niñez, que en definitiva no carecemos de importancia. De cualquier modo, la conquista de la identidad es un ahínco universal, y cada uno la resuelve según sus posibilidades. (Hasta la obra que se pretende anónima retiene su orgullo. Quienes editan y dirigen revistas podrían habernos de aquellos autores que no por suprimir su nombre o encubrirlo tras un seudónimo se quejan menos de las erratas, omisiones o tergiversaciones en los textos que se les publican.)

Con todo, esta tendencia a la preservación del yo puede y debe ennoblecerse. Pienso en Juan Jacobo Rousseau, el melancólico ginebrino cuyo agudísimo temperamento analítico lo acercó a tantos hallazgos considerables. Rousseau distinguía entre el *amour de soi* y el *amour propre*. El primero, impulso natural a la autoconservación y la autoafirmación, nos hace amar el ser y la vida que nos son dados, y de inmediato se constituye en fuerza desbordante. La compasión, por ejemplo, es una forma del *amour de soi*, que nos conduce a identificarnos con los seres de igual naturaleza que la nuestra. Nos muestra la vía de la solidaridad y nos insta al

ensueño y al éxtasis compartidos. Es un sentimiento primigenio. En cambio, por el *amour propre* entiéndese un sentimiento derivado, pervertido por los extremos competitivos, contenciosos, de la sociedad. Lo que en aquél es hondo descubrimiento de raíces comunes, solidarias, armónicas, en éste se vuelve estéril predominio de diferencias superficiales, exigencia de honores y ventajas a costa de los demás. El primero queda satisfecho al colmarse nuestras necesidades reales. El segundo es insaciable, en cuanto pretende la gratuita inmolación del tú en aras del yo.

Lector de Rousseau, Hegel parece recoger, matizar e integrar en su monumental sistema semejante discrimen. Es justo, nos dice, usar la palabra *interés* en un sentido peyorativo, cuando el individuo sólo busca su beneficio personal, sin cuidarse del fin genérico que subyace en su apremio. Pero el interés en sí de cada sujeto es esencial a la acción humana. Es un “derecho infinito” el de hallar satisfacción en el trabajo que se emprende. Interesarse significa estar presente en algo; participar, en una tentativa, con el ego, con esa enorme masa de necesidades, deseos, opiniones, imágenes y pasiones particulares. No importan las apariencias: detrás del interés egoísta se esconde una operación universal, la

posibilidad de un gozo y un aprovechamiento comunes, la colaboración en el proceso constructor del vasto edificio humano.

“Nada grande —proclama Hegel— se cumple en el mundo sin pasión”. Nada se consume sin la intervención de la individualidad que se proyecta entera sobre un objetivo, y, con todas las fibras interiores de su deseo, concentra en esa meta el enjambre de sus fuerzas y sus apetitos. No es exacto que las pasiones se opongan fatalmente al orden ético; pueden, al contrario, servirle de agentes, realizando lo universal a través de lo particular.

Procedería observar aquí la diáfana anticipación de Freud, del principio del placer y la sublimación del Eros. No es ésta mi intención por el momento. Me contentaré con subrayar que ambas enseñanzas —la del soñador solitario y la del navegante de la *Fenomenología del espíritu*— se complementan en este punto. Y que ambas atienden a la dignificación, si no del egoísmo vulgar, sí del profundo cultivo de las apetencias interiores, remolino en cuyo vértice aguardan al escritor revelaciones fraternas. No temamos a la pasión, indispensable a la mínima empresa, por vana que se antoje, pues de acompañarnos el recto discernimiento, acertaremos a transformarla en compasión.

Permítaseme ahora reiterar el segundo de los móviles propuestos: el entusiasmo estético. Es curioso comprobar hasta qué grado George Orwell, más combatiente que artífice, acepta la importancia de la belleza formal en el quehacer literario. El motivo estético, anota, es muy débil en un gran número de escritores, pero aun el panfletista y el autor de libros de texto suelen registrarlo. Aparte de la guía ferroviaria, no hay libro que no lo manifieste.

Por desgracia, la escueta exposición de Orwell no nos ofrece ulteriores consideraciones sobre el tema. O tal vez por fortuna. Confieso que las tradicionales disquisiciones sobre estética me producen el más amargo tedio. Y no porque desestime la relevancia de la belleza en casi todos los órdenes de la vida, sino por la ambigüedad abusiva del concepto, por su asidua confusión con el virtuosismo vacío, y porque en los dos milenios que tiene de existencia, esta rama de la filosofía no nos ha llevado a ninguna parte. Freud y Marx, que no profesaban el simplismo acariciado por muchos de sus discípulos, se inhibieron al ir a tocar la sustancia de la creación artística. Y Wittgenstein se limitó a comparar las discusiones de carácter estético a los debates en un tribunal de justicia, en donde los litigantes tratan de "esclarecer las circunstan-

cias” del acto que está siendo juzgado, con la esperanza de que, a fin de cuentas, lo que uno dice logrará “seducir” al juez.

En rigor, la estilística es asunto de praxis más que de teoría. El canto, concluye el poeta, “nos lo enseñan los propios testimonios de su magnificencia.” No es distinto el aprendizaje de la escritura, así de la prosa como de la poesía. Por algo llamamos obras maestras a las que nos brindan mayor eficacia expresiva. Es en ellas donde apreciamos esa tensión entre la unidad interna y la diversidad de sentidos contextuales, que para Jakobson resume el problema central de la semántica. Son ellas las que mejor nos muestran, en la fórmula clásica de Edgar Allan Poe, “esa misteriosa afinidad que liga los sonidos a los significados.”

Al margen de mudables leyes —que no entraré a discutir en detalle—, el juicio estético que prevalece sigue apoyándose, como lo ha hecho a lo largo de los siglos, en la intuición. Bien está el argüir los peligros del relativismo. Con frecuencia se invocan normas que uno diría absolutas y atendibles: la coherencia, la intensidad significativa, la penetración, qué sé yo. El hecho es que el gusto evoluciona, y el juego del arte y de las letras varía continuamente sus reglas. Las sonoridades de Cesar Franck escan-

dalizaban a los puristas. Debussy, que hoy nos serena, irritaba a nuestros abuelos. Apenas el público letrado se acostumbró a la minuciosa y lenta danza verbal de Proust, se vio trastornado por el remolino enciclopédico de Joyce y los montajes ecuménicos de Pound y T. S. Eliot. Claro, a posteriori se elaboran justificaciones hábiles e inteligentes. Y se advierten constantes rectoras en una trayectoria que el vulgo califica de anárquica. Se adivina el parentesco entre lo moderno y lo primitivo. En Picasso resurgen el arte africano y el cicládico. En la actual poesía se refleja la oración arcaica y fructifican las semillas del romanticismo visionario. Esas perduraciones son demostrables. Pero el itinerario de las ideas estéticas es un virtual laberinto. Sólo un experto en topología acertaría a probar la unidad de su endemoniado curso. No hay nada que legitime los esquemas fijos. Los catecismos más circunspectos no conducen sino a la esterilidad.

Lo único que me atrevo a afirmar es que tengo por buenos en sí el enriquecimiento, la expansión y la diversificación de la experiencia, la apertura de nuevos caminos a la sensibilidad y el ensanche de la comunicación recíproca. Cuantas aventuras contribuyan a tales fines, dondequiera se originen (en la ciencia, en las

artes o en la ciudadanía), nos acercan a la belleza real y merecen la bienvenida.

Tercer móvil: El impulso histórico; el deseo de registrar la verdad de las cosas como son, para información de las generaciones futuras. La enunciación de Orwell es aquí demasiado gruesa. Conviene al historiador propiamente dicho, al cronista y a sus afines (profesiones, aclarado sea de paso, que me suscitan el máximo respeto, y cuyos mejores ejemplos alcanzan indudable rango literario). Pero ni siquiera en estos casos el impulso histórico se reduce a un mero acopio de datos. Aspira también a glosarlos. Y a concertarlos. No es una tarea de sencillo almacenamiento. Por lo que hace al fenómeno literario en su acepción más estricta, el móvil historiográfico no puede admitirse sin antes especificarlo. Es evidente y se persigue con deliberación en poemas como los homéricos, porque ese tipo de obra, colectiva y oral, era el único medio de perpetuar, no sin desvíos o estilizaciones, los hechos salientes del pasado. Después de todo, aquella atmósfera impregnada por el mito es parte de la historia. No obstante, al avanzar el tiempo aumenta la libertad de la imaginación. El escritor inventa, crea en la medida de lo posible, finge sin miramientos tramas jamás ocurridas. El poeta filtra sus emociones

y desnuda el canto; atiende al misterio de la poesía misma.

¿Cancela esto el móvil histórico, fuera de las voces que, hasta nuestros días, permanecen atentas a los acontecimientos externos? No lo creo. La historiografía subsiste. Pero ya no es un propósito deliberado, ni es la historia de los hechos lo que registra. Es la historia de la conciencia, de nuestra percepción de la realidad, de los hechos vividos en lo que Rilke llamaba el espacio interior.

El escritor no puede ignorar la realidad de su época. Cala en ella, sin embargo, con procedimientos peculiares, y luego la internaliza, la reconstruye en su intimidad sazonándola con sus personales respuestas; finalmente, da a luz el resultado de semejante interacción. El arte es más que arte —dice Erich Kahler—, la literatura es más que literatura. Deviene rutas a la expresión de la vida y de la experiencia, desde la entraña y en su pleno contexto. Sensible a los cambios de la condición humana a través de las edades, el ánimo literario alberga asimismo la realidad latente, nombrándola y concediéndole, así, legible existencia. El mundo se integra en el ego, en el yo iluminado. Las tinieblas de lo circundante se abren de pronto al examen. El mundo transforma a la conciencia, y la conciencia transforma al mundo.

Cumple al crítico el análisis y el recuento de tales organizaciones de la realidad. Aunque las imágenes acumuladas mantienen su carácter subjetivo, bien observadas, cronológicamente enmarcadas, nos aportan un revelador panorama de las vicisitudes de nuestra especie, incluyendo esperanzas colectivas, estructuras culturales, ilusiones utópicas, destellos penetrantes, delirios, malogros catastróficos y compensaciones en el seno de la fantasía. Homero y los trágicos griegos nos presentan la vigencia y el gradual relajamiento de los imperativos míticos. La Biblia es una vasta crónica del heroísmo mesiánico, y también de sus estrecheces. La *Divina Comedia* destila y plasma con esmero de orfebre la sabiduría que atesoraba el medievo. En los cuadros del *Decamerón* aflora el gozo carnal del Renacimiento; en el *Quijote* el contrapunto magistral del idealismo caballeresco, en declive, y el pragmatismo popular. La fuerza creadora de Shakespeare dibuja arquetipos universales; no es menos patente en su contorno el universo isabelino. En Dickens, en Balzac, en Tolstoi atisbamos sendas entretelas de la sociedad contemporánea.

Y de la propia suerte podríamos recorrer el legado entero de las letras. Cuidémonos, sin embargo, de las simplificaciones. La disección histórica no agota el valor de ninguna de esas

obras, que son, al contrario, cada una a su manera, inagotables. Por muy importante que sea, la calidad de testigo sutil de su época es en el escritor —en cualquier artista verdadero— un aspecto incidental, una de las múltiples aristas de su obra. Su reconocimiento nos ayuda al justiprecio; nos permite situar y entender con mayor puntualidad a un autor dado, y a su relato, o a su poema, o a sus personajes. Pero su obra, insisto, no es reducible a la interpretación histórica. Como tampoco lo es a la interpretación psicológica, o a la lingüística. Explicar uno de los factores no equivale a adueñarse de la totalidad.

Uno de los lingüistas más notables, Roman Jakobson, examina, pongamos por caso, la estructura gramatical de la poesía del *dolce stil nuovo*. Y al cabo de practicar delicadas operaciones anatómicas, establece un paralelismo elocuente entre ella y los procedimientos estructurales, dictados por las leyes de la construcción geométrica, empleados en la pintura y la escultura coetáneas. El análisis resulta apasionante y da relieve a una preocupación cardinal de los años del Trecento. Pero el mismo Jakobson rechazaría la reducción del Dante y el Giotto a una pura receta de geometría.

Los psicoanalistas han procurado indagar en los resortes escondidos de Hamlet, de los

Karamazov, de *La muerte en Venecia*, de Kafka, de Lewis Carroll: El repertorio es interminable. Y en ocasiones las investigaciones vislumbran datos sugestivos; nunca, empero, nos entregan el significado total de la obra, que además se modifica de acuerdo con la reacción de cada lector.

Sin duda, comprenderemos mejor los versos de Hölderlin si tenemos en cuenta su biografía, el medio en que vivió, las fuentes que apuró, su helenismo y su extraña locura. Con todo, el producto, su genio poético, supera a la suma de los elementos que parcialmente lo determinaron. Y aun diría yo que su voz medular nos habla —y nosotros la oímos— un poco al margen de esos elementos.

Cuarto y último de los móviles orwellianos: el propósito político. El deseo de empujar al mundo hacia ciertas metas, y de orientar ideológicamente a los demás.

Orwell niega que sea posible una literatura apolítica. La pretensión de un arte apolítico, dictamina, es sólo una de tantas actitudes políticas. ¿Exageraciones? Recuérdese que Orwell considera la política *lato sensu*. No la confunde, al erigirla en motivo del ejercicio literario, con una ortodoxia determinada, ni con la politiquería. La entiende como deseo de transfigurar el

mundo y la sociedad. Y asumida esta premisa creo que no le falta razón cuando recalca su importancia.

Yo no concibo a un escritor, dotado de sensibilidad a la tragedia humana y sabedor del sitio que deberían ocupar en nuestro escenario y en nuestras relaciones mutuas la nobleza, la armonía, y la autenticidad, cualesquiera que sean los conceptos adoptados de estos valores, que no aspire a cambiar la vida y a rescatar al hombre de la textura social que lo oprime. Cierto: tamaña liberación es un propósito difuso. Hay quienes, como T. S. Eliot, como Borges, la identificarán con la nostalgia de un pasado ilusorio. La mayoría, con inevitable variedad de matices y credos específicos, tiende a la esperanza, consciente o no, en una modificación futura de la existencia en común. Cierto: la fe capaz de movernos a la acción y de precisar nuestras posiciones se nos ha vuelto inasible y oscura. El escritor no cesa por ello de insinuar utopías, de formular críticas expresas o tácitas, de vocear protestas más o menos directas, de publicar su verdad. Se interponen a menudo la cobardía, la desazón, el escepticismo. El escritor, a final de cuentas, no escapa a la fragilidad de lo humano. Sea lo que fuere, el espíritu de la escritura permanece.

¿Por cuáles vías se canaliza, y en qué proporción mueve a cada uno, la intención política? Eso es, a no dudarlo, cuestión de temperamento. Algunos la reprimen. Otros la llevan al cabo sin darse cuenta, o a pesar de sí mismos. George Orwell se declara rotundamente un escritor político. Por su inclinación “natural” —nos cuenta—, los primeros tres motivos habrían desplazado en él al cuarto. Pero sus experiencias lo fueron precipitando a la rebeldía. Perteneció al cuerpo de la Policía Imperial en Birmania, y así vio de cerca los recovecos del imperialismo. Luego conoció la pobreza. La guerra civil española, y cuanto a ella vino aparejado, acabó de abrirle los ojos sobre su destino. Decidió —son sus palabras— “hacer de la literatura política un arte”, consagrándose a luchar contra el totalitarismo y en favor del socialismo democrático. Y creo que cumplió como pocos su designio.

Justamente por ello son más interesantes las reservas y distingos que manifestó en este campo. En primer término, incluyó, entre las metas de aquella lucha política, la guerra sin cuartel contra la corrupción del lenguaje propiciada por la política misma. Lo irritaba la fraseología gastada, exánime y mecánica de los partidos, especie de oratoria —definía— que arranca sonidos de la laringe pero nada desprende del cerebro;

que defiende lo indefendible, a base de eufemismos, peticiones de principio y ambigüedades. Y lo peor, acotaba, es que si el pensamiento, o su defecto, corrompe al lenguaje, también el lenguaje llega a corromper al pensamiento. Las frases hechas anestesian una buena porción de materia gris.

Orwell no predicaba la corrección gramatical, ni la abstención de neologismos, sino algo más relevante: la necesidad de no dejarse dominar por las palabras, de no esconder tras la verborrea la escasez de significación. Los dialectos políticos del momento —y su momento es aún el nuestro— le parecían urdidos con el fin de que las mentiras sonaran a verdades, el asesinato adquiriese respetabilidad y el viento cobrara una apariencia de solidez.

Las *actividades* políticas que el escritor llega a emprender como ciudadano —decía— tampoco deberán esclavizar sus escritos. Y si la contradicción sobreviene entre aquéllas y su responsabilidad literaria, el remedio no consiste en la falsificación de los sentimientos; mejor será callar. El silencio es respetable. Pero cuando escriba, habrá de hacerlo con independencia y honestidad intelectual. Actuará cual guerrillero revoltoso, así se halle en el flanco de un ejército regular. La obra completa de George Orwell

atestigua su rechazo a la deshonestidad mental. En la novela, en el ensayo, en el abundante periodismo, concilia la lealtad a sus convicciones con la visión equilibrada de los hechos. El maniqueísmo lo horrorizaba, por la deliberada (o mitomaniaca) hipocresía que entraña. Militante de izquierda, bregó contra la tiranía y el fraude dondequiera los apreció. Ni las ortodoxias ni los decretos de partido lo encadenaron jamás. Denunció manipulaciones; disolvió espejismos. La tarea no le fue nada fácil. Comprendía que la política actual implica la urgencia de elegir el menor de los males, y que se dan situaciones de las cuales uno no escapa sino conduciéndose como un lunático o como un poseído.

Y retorno a mi punto de partida. ¿Valen la pena tamaños sacrificios por la cultura? No si la antepone a la vida, si la convertimos en fetiche supremo. Pero la atmósfera cultural de un pueblo es, entre otras cosas, un termómetro de su salud ética y de su vitalidad, un instrumento para preservar ambas y un arma que alivia y se opone a la injusticia. El que un pueblo muera de hambre supera en gravedad, por supuesto, a todos los problemas literarios. La extinción de la miseria material reclama una atención prioritaria. No obstante, la mera supervivencia no basta. Es preciso encauzar sin tregua el aluvión

humano, protegiéndolo de esa otra miseria: los viciados rituales que opacan aquella vida y las mezquindades que la amenazan. Vivir es crear, y crear es expresarse. Un hombre que no se expresa es sólo la mitad de un hombre.

En definitiva, la función social del escritor estriba en su desempeño *como escritor*: en su contribución a mantener e incrementar la eficiencia del lenguaje, articulación por antonomasia de nuestro universo. Ya Ezra Pound entrevió que el lenguaje es, dentro del cuerpo colectivo, una especie de sistema nervioso, la preservación de cuya energía incumbe a la literatura. Si el sistema nervioso de un animal cesa de transmitir sensaciones y estímulos, el animal se atrofia. Si el lenguaje de una nación pierde eficacia expresiva, si no se fomentan su exactitud y su claridad, la nación decae. Porque el lenguaje sirve de vehículo a la legislación, a la enseñanza, a los mandatos del gobernante y a la voluntad de los gobernados; a nuestra filosofía y a nuestra indignación; al intercambio científico y al buceo de la intimidad. Cuando dicho vehículo se pervierte o se paraliza las consecuencias son incalculables. No es poco honrosa la posibilidad, que tiene el escritor, de colaborar en su buena marcha.

La lengua no es patrimonio de ningún individuo. Detrás de ella operan a tientas innúme-

ras potestades e invenciones desenvueltas a lo largo de las centurias; hábitos, convenciones, y afectos o prestigios emocionales arraigados en la mente colectiva. Ni la sintaxis ni la gramática son gratuitas; las impone un instinto de economía verbal (o de economía expresiva) que rige a toda comunicación humana. Pero tales limitaciones innegables, antes que maniatar nuestro pensamiento, deberían espolearlo a la creación de nuevas formas y a la galvanización de las existentes. Aprendamos a diferenciar el epíteto del argumento. Burlemos con idioma vivo las trampas prefabricadas. Sólo en la culminación de esta faena recibirá el escritor (incluido el poeta) su recompensa óptima: la virtud de cristalizar, desnudando la suya propia, la riqueza común.



CONTESTACIÓN  
POR EL SEÑOR RUBÉN BONIFAZ NUÑO



Muy pocas cosas habrían podido complacerme tan cabalmente como ésta de haber sido nombrado para responder, ahora, la lección con que Jaime García Terrés inicia sus tareas académicas en este Colegio Nacional. Aparte la amistad que, ya vieja, me une a él, y la admirada devoción que he sentido siempre por su obra literaria, inclinada de continuo a indagar y esclarecer los problemas fundamentales del alma del hombre; su conocimiento penetrante de las creaciones del espíritu humano en una vasta perspectiva de espacios y tiempos; su pasión iluminada por la exactitud, por el examen sistemático y minucioso de los hechos culturales, únicos capaces de hacer que la existencia sea digna de ser vivida; su afán generoso aplicado a divulgar, desde diversos sitios, las libertadoras lumbres de la cultura, afán que lo califica de maestro cumplido, son algunas de las fuerzas que hacen crecer y dan plenitud a este placer del cual, hoy y aquí, jubilosamente disfruto.

Hace ya muchos años, cuando apenas salíamos de la adolescencia; cuando muchos de nosotros, atraídos por la vocación de la literatura, confundidos por la inquietud, por la ambición, por la ignorancia propias de los días juveniles, buscábamos lo que habría de ser la manera de nuestra acción en la vida, Jaime García Terrés, precisamente en el trabajo que le sirvió como tesis profesional para recibir el título de licenciado en derecho en nuestra Escuela Nacional de Jurisprudencia, nos demostraba que el problema que todavía tanto de tiempo y de humildad nos había de costar conocer, estaba en él planteado ya en sus términos esenciales, y de modo tan claro que en el planteamiento mismo se transparentaban las soluciones requeridas.

Aquella tesis versaba sobre la responsabilidad del escritor, es decir, sobre lo que yo llamaría el sentido moral de su acción; pienso que ese trabajo es el primero que Jaime García Terrés dio a conocer públicamente. En este momento acabamos de escuchar el que, sin duda alguna, es su trabajo último. Y en él volvimos a encontrar el mismo problema, presentado con intransigente y envidiable tenacidad.

Si entonces hablaba, por ejemplo, de “que al intelectual toca, en mayor grado que a los demás hombres, la responsabilidad de las si-

tuaciones a las que, recientemente, ha debido enfrentarse el mundo civilizado”, y decía: “Al crear su obra, el escritor no sólo produce belleza; también, intencionalmente, manifiesta su concepción del universo, y su opinión sobre la vida, las costumbres y las instituciones”, ahora, con palabras depuradas y enriquecidas por la experiencia y la sabiduría, en lo que éstas tienen de gozo y de sufrimiento, ha expresado:

Yo no concibo a un escritor, dotado de sensibilidad a la tragedia humana y sabedor del sitio que deberían ocupar en nuestro escenario y en nuestras relaciones mutuas la nobleza, la armonía y la autenticidad, cualesquiera que sean los conceptos adoptados de estos valores, que no aspire a cambiar la vida y a rescatar al hombre de la textura social que lo oprime.

Y afirma también:

La literatura es más que literatura. Deviene rutas a la expresión de la vida y de la experiencia en su pleno contexto... El mundo se integra en el ego, en el yo iluminado. Las tinieblas de lo circundante se abren de pronto al examen. El mundo transforma a la conciencia, y la conciencia transforma al mundo.

Si se comparan los conceptos de juventud con los que la madurez de Jaime García Terrés acaba de formular, habrá de concluirse que tan evidente hermandad de sentido, tal similitud en la energía y el resplandor que emana de los follajes ideológicos, sólo puede explicarse porque éstos se fundan en una sola raíz, inequívoca e infalsificable, que los obliga a levantarse en busca de una justificación humanamente valiosa y salvadora.

Esa permanente raíz no es otra que la idea y el sentimiento del ejercicio moral sobre el mundo, para lograr un apoderamiento que lleve a la posibilidad de la modificación de ese mundo, y al conocimiento del hombre por sí mismo.

Y hemos oído de qué manera esa idea y ese sentimiento han guiado, inevitablemente, la lección que en los momentos anteriores nos ha dado Jaime García Terrés. Hemos visto de qué modo constituyen el espinazo mismo de esa lección.

Él exponía hace poco que los móviles que guían e impulsan el trabajo del escritor pueden ser cuatro: el egoísmo, el entusiasmo estético, el impulso histórico y el propósito político.

Y vimos cómo para él, en realidad, esos cuatro móviles no son otra cosa que cuatro máscaras que disimulan, y no bien, un solo rostro verdadero y único.

Pues con sus palabras nos hizo dar en la cuenta de que el egoísmo, como lucha empeñada por la preservación del yo, solamente puede hallar la nobleza que lo haga válido si asume el carácter de amor de sí, y que este amor de sí conduce, debe conducir al hombre a la conciencia de su semejanza con los demás hombres, estableciendo de esa suerte los cimientos de la solidaridad humana, como supremo valor moral. El egoísmo, visto bajo esta luz, se convierte en esfuerzo por compartir; en motor de la acción moral con todo lo que ésta involucra de camino de salvación.

Y al referirse al entusiasmo estético que puede orientar el trabajo de quien se manifiesta por medio de la expresión escrita, condenó sin ambages el virtuosismo vacuo, y se atuvo, para conceder a una determinada obra la calidad cierta de obra maestra, a la profundidad de su eficacia expresiva. Así dejó advertir que el solo virtuosismo, por grande que fuere, nada valdrá si no sirve para expresar un especial contenido, y que su función debe ser la transmisión de tal contenido de manera eficaz. ¿Y de qué índole, si no de índole moral, podría ser el contenido que se pretende? Porque el tedio que a Jaime García Terrés le producen las disquisiciones sobre estética, sólo puede derivarse

de su necesidad de situar en el campo de la ética la importancia principal de la creación artística.

Él lo dice:

Lo único que me atrevo a afirmar es que tengo por buenos en sí el enriquecimiento, la expansión y la diversificación de la experiencia, la apertura de nuevos caminos a la sensibilidad y al ensanche de la comunicación recíproca.

Y en este punto, hablando del entusiasmo estético, planteó de nuevo las exigencias impuestas por la necesaria solidaridad entre los hombres, ahora alcanzable merced a la mutua comunicación propiciada por la palabra.

En lo tocante al impulso histórico, aprendimos que, para Jaime García Terrés, la historia, en el sentido que ahora se trata, no ha de ser mero acopio de datos, ni registro de hechos, sino una suerte de historia de la conciencia, la cual, relacionada con los movimientos del mundo externo, “aporta un revelador panorama de las vicisitudes de nuestra especie, incluyendo esperanzas colectivas, estructuras culturales...”. Es decir, otra vez, vínculos para afirmar las relaciones solidarias entre los hombres, y principios de responsabilidad moral.

De modo consecuente, el pensamiento de Jaime García Terrés robustece su palmaria claridad al tratar de los propósitos políticos como impulso de la literatura. La política, vista moralmente, es lo que conduce el deseo de transformar, de acuerdo con normas de justicia, el mundo y la sociedad existentes.

Hacia ese fin deberán encaminarse las palabras del poeta, palabras que constituyen una de las más altas formas de la acción.

Ésta es la esperanza; ésta la lección que Jaime García Terrés nos trasmite.

Acaso yo no esté de acuerdo con él cuando establece que “la extinción de la miseria material reclama una atención prioritaria”; quizá por antiguas experiencias personales, yo no pueda perder la fe en la facultad creadora de la energía humana estimulada por el hambre. Pero me resulta totalmente indiscutible que la cultura no debe anteponerse a la vida. No; la cultura y la vida han de constituir una perfecta unidad.

Así lo deja claro él mismo, cuando concluye: “Vivir es crear, y crear es expresarse.”

Vida viene a ser, pues, para él, sinónimo de creación de cultura, sinónimo de cultura.

Y esta cultura habrá de estar trasminada por la pasión, que acompañada por el recto discer-

nimiento, se convertirá en compasión, en principio de solidaridad esperanzada.

Cierto, quizá, que nuestra civilización “ignora el sentido de la vida”; pero es más cierto que no hay que desistir de la empresa de conocerlo. Jaime García Terrés, creyente de la libertad del espíritu, lo sabe, y hace un llamado a quienes lo desconocen.

Escribe en uno de sus poemas:

Pero a mi alrededor navegan almas  
enterradas en vida malamente:  
podrían intentar una salida  
mientras llega la hora principal.

Esa hora principal no puede ser otra que la del conocimiento y la comunidad de los hombres. El poema termina con esta definición:

Con tales cabizbajos a la vista,  
sin ambages, en búsqueda batiente,  
me pronuncio por ellos y por todos.

Al comienzo de su lección, hablaba Jaime García Terrés de la vocación de perenne aprendiz que lo empuja hacia un sinnúmero de puertas y ventanas. No nos habló de las ventanas y puertas que ha podido abrir en su obstinada

labor de maestro, de escritor, de poeta. Silenció, no sé si por soberbia o por humildad, las vocaciones espirituales que ha favorecido, la ilustre teoría de nombres de los escritores y artistas que han llegado a ser creadores de nuestra cultura de hoy, gracias al estímulo inicial que de su mantenida generosidad recibieron en el momento preciso.

El Colegio Nacional espera de él, ahora, que su confianza en la validez de la acción moral del hombre, en la responsabilidad, que es la esencia del espíritu humano; esa confianza mantenida sin tregua desde sus primeros años, sea transmitida con la misma generosidad, y confía en que quienes la reciban sabrán transmitirla a su vez, para orgullo y beneficio de todos nosotros.



## ÍNDICE



Salutación	
por el doctor Antonio Carrillo Flores, Presidente en turno.....	7
Discurso de ingreso	
del licenciado Jaime García Terrés.....	15
Contestación	
por el señor Rubén Bonifaz Nuño.....	39



Se terminó de imprimir el 29 de noviembre de 2013 en los talleres de Impresos Chávez de la Cruz, S. A. de C. V., Valdivia 31, Col. Ma. del Carmen, C. P. 03540, México, D. F. Tel. 5539 5108. En su composición se usó el tipo Garamond de 10.5:12.5, 9.5:12.5 y 8.5:10.5 puntos. La edición consta de 1000 ejemplares. Captura de textos: María Elena Pablo Jaimes; composición: Laura Eugenia Chávez Doria. Editor: Hildebrando Jaimes Acuña.